

3. Cosas que hacen crisis

Con respecto a la existencia de la crisis, se puede decir que el consenso es total entre los estudiosos de lo religioso. Hay diferencias en cuanto a su interpretación y a su significado, pero no en cuanto a su realidad. Muchos fenómenos así lo reflejan. Señalaremos algunos remitiéndonos únicamente a la religión cristiana en Occidente.

Hacen crisis las representaciones y la autoridad

Hace muy pocos años, el actual Papa, Juan Pablo II, fue noticia en todos los medios de comunicación al declarar en una de sus catequesis semanales que el infierno no podía ser interpretado como lugar, sino como el estado o situación en la que deviene el ser humano que se condena. La noticia tuvo sin duda un impacto tan formidable por su efecto de catarsis: ¡por fin!, la máxima autoridad de la Iglesia Católica reconocía públicamente algo que muchos de sus fieles hace años habían dejado de creer. Aunque tarde, la noticia tenía un efecto liberador. Pero esto no explica todo. La noticia fue tan repercutida en Occidente porque, en un punto dogmático, como quien dice en algo de competencia exclusiva de la Iglesia, esta tuvo que aceptar la conclusión a la que por su cuenta ya había llegado la cultura profana moderna. En otras palabras, lo que en este punto hizo crisis no fue el contenido dogmático, que ya hace tiempo la había hecho, sino la autoridad. De ahí la celebración de la noticia. Más arriba hablábamos de paneles enteros de contenidos que se desprenden. ¿Se podrá medir el efecto en cadena de una declaración de este tipo? A otras interpretaciones tenidas en su tiempo por verdades de fe y así transmitidas, les puede esperar, si no les ha ocurrido ya, la misma suerte. Ya entonces se extrajo una conclusión inmediata: si el infierno no es lugar, el cielo tampoco. Pero, sobre todo, ¿se podrá calcular el efecto de pérdida de credibilidad en la misma función de la autoridad religiosa? Porque aquí es donde se manifiesta principalmente la crisis. El que conocimientos queden superados, mueran y desaparezcan, es cosa de todos los días. Las noticias en este sentido cada día, por lo esperadas, lo son menos. Lo que aquí la modernidad cobra es la caída de un conocimiento impuesto y mantenido autoritariamente. Si la autoridad que dogmáticamente se legitima entra en crisis, y del mismo modo toda institución igualmente legitimada, por ejemplo las mismas iglesias, ¿extrañará que suceda lo que está ocurriendo: la crisis en la pertenencia a estas, la selección personal de las propias creencias reteniendo unos elementos y rechazando otros, la indiferencia creciente frente a sus mensajes, y una actitud progresiva de increencia? Los mencionados son otros tantos comportamientos normales, predecibles, y todos ellos apuntando al mismo síndrome: un malestar creciente con las verdades religiosas propuestas dogmática y autoritariamente. Es importante ver que no es la dimensión religiosa en sí la que está en crisis, sino la forma autoritaria como se presenta. La dimensión religiosa pareciera estar irrumpiendo por muchas partes. No es la nuestra una época materialista y atea. La dimensión religiosa irrumpe más allá de las iglesias y por eso se habla de «religión salvaje». Encuestas realizadas sucesivamente a escala mundial, como las del Estudio Mundial de Valores, conocida por sus siglas en inglés WVS (World Values Survey), muestran que el número de quienes se declaran ateos va en retroceso. Los que aumentan son

quienes se declaran «agnósticos», que no son precisamente no sensibles a lo religioso, al contrario, mantienen una cierta religiosidad no institucionalizada, no orientada hacia las Iglesias⁸. Estos, en algunos países desarrollados, se aproximan ya a un tercio de la población⁹. En Costa Rica, según una encuesta local realizada este mismo año, 2001, son el 10,8%¹⁰. Las mismas encuestas mundiales a las que hacemos referencia muestran que si bien la fe en las creencias religiosas y en la instituciones religiosas consolidadas decrece, aumenta el número de quienes dedican tiempo a pensar en el significado y en el propósito de la vida. Este valor aparece en significativa correlación con mejores niveles de desarrollo y es predecible que vaya en aumento. En otras palabras, decrece la religión vinculada a la autoridad y al sometimiento y aumenta la religión como búsqueda espiritual, personal, realizadora y libre.

8 Ronald Inglehart. El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas, CIS / Siglo XXI de España, Madrid. 1991, pp. 196-225; Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades, CIS / Siglo XXI de España, Madrid. 1998, pp. 371-377. 9 Este grupo representaría el 27% de la Unión Europea, y el 20% en España . Cf. R. DíazSalazar. «La religión vacía. Un análisis de la transición religiosa en occidente», en R. Díaz-Salazar / S. Giner / F. Velasco (eds.), Religión y sociedad en España, CIS, Madrid 1993, pp. 105-106. 10 Odalía Calderón et al. La población costarricense del Gran Área Metropolitana frente a sus valoraciones sobre la religión, la política y los riesgos naturales, Instituto de Estudios Sociales en Población (IDESPO), Universidad Nacional, Costa Rica, p. 8. Información recolectada entre el 8 y el 11 de marzo del 2001.

Hace crisis lo que no es específico en la religión

La crisis en la religión no es obra, pues, del positivismo científico o, mejor dicho, cientificista. Es obra de su pérdida de especificidad y de su anacronismo. El desarrollo del pensamiento científico lo que cuestiona es el error cometido por la religión: su pretensión frecuente de ser objetiva y empírica, de ser científica, en el mismo nivel de la ciencia. Así, el infierno como lugar no cayó porque ahora la ciencia lo pueda explicar. Ella no lo puede explicar. Cayó precisamente en la medida en que se le pretendió explicar como un lugar, como una realidad física y bajo un modelo físico, aunque fuera de física espiritual. Esto es lo que cayó. En este sentido, la función que cumple la ciencia con respecto a la religión es impulsar esta a que descubra su campo, su dominio y su especificidad, y recordarle que su lenguaje es siempre simbólico, nunca material, por así decirlo. La ciencia más bien está ayudando indirectamente a la religión a redescubrirse a sí misma, mostrándole, teórica y prácticamente, cuáles no son sus competencias. Hacen crisis los contenidos de tipo dogmático y hacen crisis todos los contenidos religiosos que sean y se expresen como mágicos y míticos. Porque todos ellos en la medida en que apelan a la autoridad, para que se les otorgue credibilidad, en el fondo están renunciando a su especificidad, a la experiencia como fuente de validación, para ubicar su competencia en el dominio de la ciencia y sin guiarse por los criterios y exigencias de esta, sino recurriendo siempre a la autoridad. Esto es lo que sucede también con los contenidos morales cuando en su pretensión de verdad apelan a referentes únicos y excluyentes; por ejemplo, a verdades y normas que serían objetivas y válidas para siempre. Todo ello ante el temor de caer en un relativismo moral. Esta fue la preocupación de Juan Pablo II en su carta encíclica *Veritatis splendor* (1993) sobre los fundamentos mismos de la teología moral católica.

Hace crisis la religión como sistema moral

Lo que el hombre y mujer modernos han descubierto es que ellos tienen que construir su moral. Obviamente, siempre teniendo en cuenta la realidad y su realidad como seres humanos, personales y sociales, pero la tienen que construir. No existe una moral ya construida, revelada o equivalente, descubierta y fundada por una filosofía objetiva de una vez para siempre. La realidad lleva en su entraña exigencias morales; por eso es un referente obligado, pero no lleva en sí misma la moral como un modelo

simplemente a seguir. No existe una moral «natural» y «perenne». Concebir la realidad como si llevara en sí misma impresa este modelo, es incluir en la realidad, desde la pura concepción de las cosas; esto es, desde el puro comienzo en el proceso de alumbramiento de una moral, algo más que no es la realidad. De esta manera, se introduce un factor distorsionante: una aceptación de una normal moral en virtud de algo que no es moral, porque no emana de la realidad como en sí misma es, sino en virtud de la autoridad y de la imposición. Y de nuevo tenemos el rechazo. No porque el hombre y la mujer modernos no sean morales, sino, al contrario, porque al menos en la construcción de su moral no pueden ser inmorales, porque en algo tan real y tan llamado a ser verificado en la realidad, como es el correcto actuar, no pueden recurrir a principios no verificados de autoridad. Cuando moral y religión coinciden como dos dominios dogmáticos, como que se agigantan sus efectos distorsionantes y el rechazo por parte del ser humano moderno no puede ser mayor, traduciéndose en increencia e indiferencia. Ante lo que percibe como anacronismo y prepotencia dogmática, es quizás la mejor manera que tiene de defenderse.

Hace crisis lo mágico en la religión

En fin, hace crisis la oración de petición, la oración entendida y practicada como un pedir que Dios resuelva nuestros problemas y no como un trabajo sobre nosotros mismos para llegar a ser lo que pedimos. De nuevo, esa oración es mágica; se desacredita a sí misma tan pronto aflora a nuestra mente y a nuestros labios. Pretende convertir en mecánica y en intencional algo que pertenece a otra ontología: una ontología que a decir verdad no tiene ontología porque, sencillamente, es. Quien descubre que la espiritualidad no tiene nada de mágico ni de mecánica, no puede reconocerse en esa idea y práctica de la oración, porque con razón la siente como un bloqueo a implicarse verdaderamente en el camino espiritual. La vida espiritual no es pedir que Dios haga o que mueva a otros para que ellos hagan, es ser y hacer uno.

Hacen crisis los exclusivismos

Hace crisis todo lo que es y funciona como no real, como dogmático, y por lo tanto, como autoritario y excluyente. Así sucede cuando lo que son expresiones propias y legítimas de una tradición religiosa y, por lo tanto, riquezas, se proclama como

monopolio de verdades únicas, desconociendo así que todas las grandes tradiciones religiosas tienen, expresadas de diferente manera, las mismas grandes riquezas, el mismo camino. Hace crisis una religión cuando no se asume como un hecho religioso positivo la existencia de diferentes tradiciones religiosas y de sabiduría, con sus grandes enseñanzas espirituales. Cuando no se vive en actitud de sincero aprendizaje unos de otros, y para ello en continuo diálogo y a partir de un reconocimiento de la igualdad de principio que asiste a todas las grandes tradiciones. La religión hace crisis, cuando frente a estos valores que constituyen progresiva evidencia para el hombre y la

mujer modernos, aquella se repliega en rechazos y exclusivismos. La religión hace crisis cuando, queriendo dirigirse al hombre y a la mujer de hoy, lo hace en una matriz cultural, en unos valores y en unas categorías que no son de hoy, que respondieron a otras culturas, a otros seres humanos, a otras evidencias, a otros tiempos. Buena parte de la teología cristiana lo sabe; es consciente de esta crisis, pero no acierta, o no tiene el valor, en enfrentarla a cuerpo limpio: la única manera de hacerlo. De ahí un sentimiento de malestar creciente en el interior de la propia teología, de los propios teólogos. Este malestar trasciende el ya de por sí real ante la falta de libertad institucional para investigar. Nace de los propios compromisos del teólogo o del estudioso de lo religioso con lo que él cree que es la religión. De todas maneras, aun con limitaciones, se están dando en estos años, como era de esperar, interpretaciones de la crisis, interpretaciones que por lo valiosas que son es importante conocer.

Tomado de **Religión, Sociedad y Crisis**. Cuadernos de Ciencias Sociales N° 122. FLACSO, Costa Rica, 2001